

—Entró un escudero que dió de puñaladas á doña Leonor de Guzman, y huyó sin ser visto.

—¿Y quién era aquel escudero?

—Olmedo.

—¡Oh! vos decís eso, vos,... pero, ¿quién sería capaz de probarlo?

—Yo.

—¿Vos?... ¿Pero cuáles son vuestras pruebas?...

—Imposible, los he ocultado yo mismo en un lugar secreto y seguro.

—Pero ¿cuándo me dareis esa carta acusadora?

—Dentro de tres días en Leon, en la plaza de palacio al amanecer.

—Allí me encontrareis, Samuel Levi... y entonces con la prueba en la mano haré caer al asesino. Bien pronto mi padre y yo vendremos luego á atestiguar vuestros trabajos



El pueblo aclamaba la comitiva triunfal... Una matrona en representación de Asturias tenía una corona de encina en sus manos, colocada sobre un tablado.

—Una carta en que Olmedo cuenta al rey el éxito criminal de su empresa, solicitando su recompensa.

—¿Y esa carta?... la teneis...

—La tendré.

—¿Dónde la encontrareis?

—En Leon... entre los papeles secretos del rey.

—Pero esos papeles habrán perecido en las revueltas civiles porque hemos pasado.

en la montaña... y volveréis á palacio á vuestro antiguo poder.

—Entre las bendiciones de Castilla, respondió con orgullo Levi.

—Bien merecidas, señor... bien merecidas.

—Y entonces, yo haré justicia á tu padre.

—Me voy ahora mismo porque quiero llegar el primero á Leon.



Iba á marcharse en efecto, pero le detuvo Alvaro diciéndole:

—Una palabra aun.

—¿Qué quereis?

—Estais proscrito, podrian... podrian prenderos ó mataros en el camino los que ahora hace poco os perseguian... decidme donde están ocultas esas pruebas... porque entonces yo mismo os vengaria impidiendo á Olmedo triunfar impunemente. Vos quereis ser vengado, ¿no es esto?

—¡Oh! si.

—Pues bien, decidme, ¿dónde están esas pruebas?

—No puedo... con esa carta hay otros papeles que nadie debe de ver.

—Las pruebas de sus crímenes, pensó para sí Alvaro, añadiendo despues en alta voz: Entonces, que Dios guarde vuestra vida y os libre de la venganza de vuestros enemigos.

—En saliendo secretamente de la abadia de Arbas estoy en salvo.

—Daos prisa.

—Adios... dentro de tres dias.

—Dentro de tres dias en Leon...

—En la plaza de palacio.

—En la plaza de palacio, repitió Alvaro acompañándolo.

—¿Estareis?

—¡Oh! ¡no tengais cuidado, Samuel Levi!

Marchóse el ex-ministro judío del rey don Pedro. Que-dóse solo Alvaro. Habia llegado su hora. Un momento antes tan abatido, veía ahora despertarse en él sus doradas ilusiones, gloria, poder, patria... y la inocencia de su padre. Habia recobrado en un momento su vida, su honor, su salvacion, todo en fin. La desgracia no le habia vuelto loco, y á punto estaba de hacerle perder la razon su repentina felicidad. Tanta alegría despues de tantos y tan largos padecimientos le quitaron las fuerzas. Tardó largo tiempo en reponerse, pero al fin, pudo salir de la abadia é ir á encontrar á su padre y hermana que tristes y llorosos le esperaban para emprender el camino del destierro, junto á una cruz de piedra que habia en el pórtico de la iglesia de la abadia.

—Vamos, Alvaro, le dijo su padre, es tarde y debemos caminar mucho aun.

—¡Padre mio!... exclamó con júbilo Alvaro: ¡capitan don Gutierre Fernandez de Toledo ya no estais desterrado!

—¿Qué dices?...

—No, padre, ya no ireis al destierro.

Aligiéronse aun mas el padre y la hermana, creyendo que Alvaro se habia vuelto loco.

—No, no estoy loco, prosiguió éste. No marchamos ya, porque á estas horas sé quien dió de puñaladas á doña Leonor de Guzman en el castillo de Talavera de la Reina.

—¡Gran Dios! exclamaron á un tiempo don Gutierre y María.

—Si, padre mio, y Castilla no nos rechaza ya: nos llama.

—¿Pero quien te ha dicho eso?

—Samuel Levi...

—El, que fué quien te condenó á galeras.

—¡Para robarme! si... si... y que acaba de revelarme el asesinato de Olmedo que obtiene el favor del rey, y el entusiasmo popular en su lugar: pero no veis que el ladrón ha sido robado, que los dos ladrones se pelean y se devoran...

y que cuando se hayan ahogado mutuamente podremos gritar nosotros: plaza al capitan don Gutierre Fernandez de Toledo, el valiente, el inocente!... ¡plaza á su hijo Alvaro el hijo de la montaña!... paso á nosotros... ¡oh! venid...

—¿Dónde quieres llevarnos?

—¡Al palacio del rey!

—¡Cuidado!...

—¡Oh! no temais nada, padre mio: don Enrique de Trastámara ha sido engañado por Olmedo: pero yo quiero defenderos... Siento mi mente inspirada por un rayo del Altísimo.

—Si, guíanos, exclamó su padre.

—Seguidme.

—¿Por qué camino?

—Por el camino real, padre mio... ¡A Leon!

—¡A Leon! hijos míos... ¡A Leon! gritó con entusiasmo el tio Pedro, ya pudiendo darse á conocer con su noble nombre.

Rápidamente se pusieron en marcha con la alegría en el semblante y la esperanza en el corazon.

## XV.

En la plaza de Leon alzabase sombrío con gótica arquitectura el palacio de los reyes de Asturias y Leon. Iluminaba la luna con sus plateados rayos sus altos muros y calados torreones de filigrana de piedra. Todo se hallaba en silencio. Oíase solo el acompasado paso de los centinelas del palacio y el ruido que hacían los cuentos de sus lanzas al tropezar en el suelo.

Un hombre anciano, pobre y modestamente vestido, estaba de pie en una esquina de la plaza con la vista clavada en las ojivales ventanas del palacio. Era Samuel Levi, el hombre que un año antes mandaba tanto como el rey don Pedro en aquel mismo palacio. Ahora contemplaba el favor de Olmedo... Meditaba que pasajera iba á ser su gloria. Uno de los enviados á galeras se habia salvado... uno solo... pero este era el que le habia al marchar predicho su desgracia... y Samuel Levi era profeta... Sabia que Olmedo no tenia mas cómplice que Fortuño... Fortuño no queria mas que oro... y él tenia aun grandes tesoros, que escondidos habia previsoramente sustraído á la codicia de don Pedro, y salvado de la confiscacion en el dia de su desgracia. Sabia que Fortuño debia pasar por allí para entrar en palacio, y lo aguardaba.

En efecto, á poco rato vió atravesar por el medio de la plaza á un hombre que en su andar vacilante y en todo su porte mostraba estar algo ébrio. Samuel Levi, á quien interesaba asegurarse del silencio de aquel hombre en quien habia reconocido á Fortuño, salió á su encuentro interponiéndose en su camino diciéndole:

—Fortuño, una palabra.

Fortuño lo reconoció tambien inmediatamente, y dando dos pasos hácia atrás cual si viese en su presencia un fantasma evocado del averno, exclamó aterrado:

—¡Samuel Levi!...

—Silencio... respondió este mirando con desconfianza al rededor de sí.

Fortuño con la sensacion de ver delante de sí vivo á Samuel Levi, recobró de repente la razon que le tenían



perturbada algun tanto los vapores del vino, y dirigiéndose hacia él le dijo:

—¿Pero no habian muerto todos los galeotes?

—Yo me he salvado.

—¿No ha sido mala fortuna para vos!...

—Tu has sido el cómplice de Olmedo, que impulsó mi caída, que ha querido perderme, lo sé...

—No lo niego.

—Pero no tiembles á mi vista.

—¿Temblar!... ¿Y por qué?... contestó con descaro Fortuño. A mí me gustan las aventuras... estoy muy sereno...

—Además no tengo rencor ninguno contigo... Olmedo te ha prometido enriquecerte cuando él sea rico; yo ya lo soy... porque habia enterrado tesoros...

—Escelente precaucion!...

—Si tú quieres... tendrás tu parte en ellos...

—No es cosa de rehusar...

—Pero aquí... puede reconocermé cualquiera... Olmedo que vive en palacio y está en él esta noche, podría salir y verme... yo quiero que absolutamente ignore mi vuelta... Sígueme por esta calle... en aquel rincon que está algo oscuro...

—Ya os sigo... Y al mismo tiempo echó á andar con él Fortuño, hombre de resolucion y de puñal, y que no tuvo ningun recelo de hallarse frente á frente con un anciano débil y de escasas fuerzas.

Iban ya á comenzar sus tratos en el rincon de la plaza y en la oscuridad de la sombra que proyectaba una de las casas, cuando vieron que salia por la puerta del palacio un hombre. Para evitar el ser vistos é interrumpidos en el asunto importante para ambos que iban á tratar, echaron por la calle abajo, y solo quedó en la plaza el hombre que acababa de salir de palacio.

## XVI.

El hombre que á aquella hora salia del palacio solo á respirar en la plaza la brisa de una hermosa noche de verano, era don Enrique de Trastámara, que en vano desde su vuelta de Asturias, habia procurado conciliar el sueño bajo los dorados techos de su régia cámara. Agolpábanse á sus ojos lágrimas de que él mismo se avergonzaba, tratando de persuadirse que no lloraba por objetos queridos á su corazon, sino por su perdida alegría... por su última ilusion que habia visto desvanecerse... Padecía, porque es muy cruel ver deslizarse entre las manos toda amistad, todo consuelo. Enrique de Trastámara era un hombre avaro de simpatías. Jimenez de Sandoval habia muerto peleando por su causa... María era la hija de don Gutierre Fernandez de Toledo... ¡María, su solo amor!...

No podia ver perdidos para él todos estos objetos, sin sufrir horriblemente. Sumido en estos tristes pensamientos, despues de haber dado lentamente algunos pasos, se apoyó sobre la barandilla de piedra de la escalinata del palacio, permaneciendo concentrado en sí mismo.

Casi al mismo tiempo Alvaro se dirigia al palacio desde donde fué deportado en otro tiempo. No se hallaba como entonces rodeado de sombrías centinelas porque lo habitaba ahora un rey que permitia aproximarse á él libremente al pobre...! No podia aguardar, necesitaba venir temprano,

porque su padre se hallaba sin asilo y fuera de la ley á causa de la revelacion que le habian hecho y que él venia á hacer... Tenia confianza en la proteccion del rey. Intentaba penetrar en el palacio sin haber calculado el cómo. Al subir los primeros escalones del pórtico, don Enrique de Trastámara volviendo en sí cual si se despertase con el ruido de sus pasos, preguntó: ¿quién va?... y reconociendo inmediatamente á Alvaro, exclamó:

—¡Gran Dios!

Alvaro, volviéndose al eco de su voz, tornó á bajar los escalones, y reconociéndole al mismo tiempo, exclamó tambien:

—¡Martin!

—¡Alvaro aqui! dijo sorprendido Enrique.

—¡Martin!... no, no me engaño... Martin con un rico vestido hoy, y ciñendo una espada.

—Si... Martin no es ya un trabajador.

—¿Desde cuando has abandonado las minas?

—Desde la primera batalla de Enrique de Trastámara.

—¡Ah! has ganado dignamente esa espada... Tanto mejor, hermano mio... y al mismo tiempo le alargó su mano.

Fingió don Enrique no haber visto su accion, y le respondió:

—Si, la he cambiado por mi sangre y el cielo ha favorecido mis esfuerzos.

—Bien has merecido el ser feliz, pero la felicidad te ha cambiado, Martin.

—¿Por qué?

—Porque en vano te he alargado ya dos veces mi mano.

Dióle entonces la mano don Enrique diciéndole con la mayor elusion:

—¡Alvaro!...

No podia persuadirse don Enrique que el antiguo amigo de su infortunio fuese culpable, y continuó diciéndole:

—¿Y tú no has peleado por don Enrique de Trastámara?

—No, no podia hacerlo: contestó tristemente Alvaro.

Soltó inmediatamente su mano don Enrique, y sin hablarle una palabra disponiase á volver á entrar en palacio, cuando Alvaro deteniéndole le dijo:

—¿Tienes derecho á entrar aqui?

—Si.

—¿Puedes aproximarte al rey?

—Si, ¿por qué?

—Martin, llévame á su presencia.

—¿A ti?

—¡Oh! ¡que yo le vea un instante!...

—Pero loco, ¿qué esperas, pues?... ¡tú que te atreves en este momento á presentarte en Leon!... Tú quieres acercarte al rey... pero si te preguntase tu nombre, ¿que le responderías tú?

—Se lo diria.

—¿Y te llamas?...

—Alvaro Fernandez de Toledo.

—¡Fernandez de Toledo!... ¿Y te atreves á decirmelo á mí?...

—Llévame al lado de don Enrique.

—¡Aguarda!... Acabas de decirme tu nombre, y tú no me has preguntado el mio.

—¿Tu nombre!... contestó sorprendido Alvaro.

—El tio Pedro me ha ocultado á mí su nombre en otro tiempo: ¿quién te dice que yo no os he ocultado el mio?



—¿Y te llamas?

—Enrique de Trastámara.

—¿Enrique de Trastámara?... ¡Oh! mi padre se ha salvado... Martín, siempre he presentado que serías un día un grande hombre... ¡Tú, el rey!... Y cayendo inmediatamente de rodillas á sus pies, exclamó: perdóneme vuestra alteza... El que os pide justicia debe obtenerla, ¿no es verdad?

—¿Justicia?

—Rey mío, don Gutierre está inocente... doña Leonor de Guzman, vuestra madre, fué asesinada en Talavera por un traidor enviado por don Pedro: yo os lo probaré.

—¿Qué dices?

—Yo os mostraré al asesino de vuestra madre.

—¿Al asesino!

—Os lo mostraré, señor, cuando tenga todas las pruebas.

—Pero cuando... cuando... replicó con impaciencia don Enrique.

—Muy pronto, rey mío; pero antes de atacar al culpable, pensad primero en el inocente: hace quince años que está sufriendo.... Vuestra alteza lo sabe.... El decreto que hace tres días ha firmado, pone á mi padre fuera de la ley.

—¿Un decreto firmado por mí?

—Han abusado de vuestro nombre, ¿no es verdad? dijo vivamente Alvaro.

—Sí, Alvaro... pero el tío Pedro... María... ¿dónde están?

—Acabo de dejarlos á las puertas de la ciudad... porque los que deben temer la presencia de don Gutierre podrían encontrarle aquí, y esos saben que está fuera de la ley.... y yo quería acercarme al rey para pedirle para mi inocente padre un asilo hasta mañana... Si no estuviese seguro de poder probar la inocencia de mi padre, no pediría ponerlo en manos de vuestra alteza, y traérselo como rehenes....

—Pedro no es culpable... reclama un asilo... tendrá mi palacio. Date prisa, Alvaro: porque la rehabilitación de Pedro es mi alegría. ¡Padecía tanto en aborreceros después de haberos amado tanto! Ven, ¿en qué te detienes? dos veces he abierto en vano mis brazos para abrazarte.... Marcha, tráeme pronto á Pedro, á María, quiero declarar en presencia de todos que están bajo mi salvaguardia.

—No haga eso vuestra alteza; el que ha desgarrado el pecho de vuestra madre con el puñal, podría huir ó combinar una nueva infamia.

—¿Con que está en palacio?

—Está.

—¿Su nombre?...

—No podría creerlo vuestra alteza; pero al amanecer os diré su nombre porque entonces tendré pruebas.

Quiso marcharse Alvaro pero deteniéndole el rey, le dijo:

—¿Su nombre, Alvaro, su nombre!... Tú no has podido creer que yo tendría paciencia para aguardar un minuto la revelación de un hombre que sabe quien fué el asesino de mi madre. ¿Su nombre; dime su nombre!...

—¿Lo quiere vuestra alteza?

—Sí, sí, lo quiero... yo te lo mando.

—Es don Alonso Fernández de Olmedo.

—¿Olmedo!

—Ha dado de puñaladas á doña Leonor de Guzman....

—¿Tú estás loco!

—No, rey mío, no.

—Olmedo... Empero, ¿dónde está el crimen, dónde está la virtud? ¿Tan confundidos se hallan que no puedan dis-

tinguirse? Olmedo acusa al tío Pedro que me ha salvado la vida: el tío Pedro acusa á Olmedo que me ha revelado un sublime pensamiento, que pone en mi poder providencialmente inmensos recursos...

—Olmedo no ha tenido jamás sublimes pensamientos; ha robado el fruto del valor y del pensamiento de otro, contestó con energía Alvaro.

—¿Y quién lo probará?

—La montaña, contestó radiante de entusiasmo Alvaro, porque un hombre ha grabado su nombre sobre las mas elevadas rocas, y ni la nieve ni el sol habrán borrado aquel nombre.

—¿Pero ese nombre, lo sabes tú?

—¿Se acuerda vuestra alteza de la cabaña del leñador Pedro, y de las largas ausencias de Alvaro que tanto afligian á su padre?

—Sí.

—¿No os acordais tambien de que una noche prometisteis cambiar vuestros secretos con los suyos, y que entonces os confió Alvaro que la realización de su proyecto enriquecería á Castilla?

—¡Ah! ¡Jamás se apartará de mí el recuerdo de aquella noche!

—Ni de mí tampoco, señor... porque fué aquella noche cuando me robaron el libro que Olmedo ha firmado con su nombre.

—¿A tí?

—A mí, Alvaro Fernández de Toledo.

—Ese libro....

—Era el fruto de mi trabajo y de mis pensamientos.... Y mi nombre el que os dirá la montaña... y aquella misma noche, señor, me lo robaron durante mi sueño... mi capa y mi gorro con él....

—¿Tu capa, yo soy quien la cogió!... replicó asombrado el rey.

—¿Vos?

—Sí, para escapar á las pesquisas.... ¡Me veía vendido, me veía perdido!... ¡Oh! no era á don Enrique de Trastámara á quien creyeron matar, sino á Alvaro. A tí te han robado, hermano, á mí me han herido... ¿Nos vengaremos juntos, no es verdad? ¿Por qué no has acudido á mí antes?

—Estaban encadenadas mis manos...

—¿Preso?...

—No, señor; en galeras, por los ladrones.

—¿En galeras!... ¡Oh! morirán esos infames que envolviéndose en el sublime despojo de su víctima, han hecho una capa que ocultaba la sangre de mi madre y la mía.... porque el asesino, el espía y el ladron....

—Es Olmedo, señor, siempre el mismo Olmedo.

—¿El!... Pero tú me has prometido pruebas... las necesito convincentes, porque ya lo ves, Olmedo aparece haber hecho un gran servicio á mis reinos...

—Para derribar un ídolo sin escitar rumores, es preciso dar con seguridad un golpe... lo sé. Dentro de algunas horas podremos hacerlo, y si no he podido aguardar hasta entonces para aproximarme á vuestra alteza, es porque mi padre está en peligro de muerte....

—Corre inmediatamente á buscarlo, Alvaro; marcha: esta puerta se abrirá para vosotros, pero secretamente aun: hemos sido hermanos por la desgracia... lo somos por el peligro... lo seremos por el poder... Pues que somos herma-



nos, tu familia es la mía... ya hace un año que no he visto mi familia.

—Rey don Enrique, defendereis á don Gutierre... y despues, Martin... ¿tú me harás tambien justicia... no es esto?

—Como á mi hermano, dijo el rey apretándole la mano y dirigiéndose hácia palacio. Aqui os aguardo.

Alvaro le acompañó hasta la puerta, le estrechó segunda vez la mano, y el rey entró en palacio. Asombrado con cuanto acababa de pasar, permanecía aun sobre los escalones del pórtico Alvaro, no acabando de persuadirse de que Martin era el rey. Veia la puerta por donde le habia dicho que entrase con su familia, y aun resonaban en su oido sus últimas palabras: «date prisa, Alvaro.» Palpitaba fuertemente su corazon con tantas emociones, empero mientras se hallaba en esta suspension, salió por una puerta falsa del palacio Olmedo, y al reconocer á Alvaro, cuyo semblante iluminaban los rayos de la luna, quedó como petrificado. Alvaro sin verlo volvió en sí de sus reflexiones, atravesó la plaza, y tomó por una de las calles que desembocaban en ella. Olmedo con paso vacilante se dirigió hácia el punto de la plaza donde habia sombra, y casi desfallecido se apoyó sobre la pared viendo alejarse á Alvaro. Apenas daba crédito á sus ojos. Sabia que los que se entierran no vuelven á aparecer sobre la tierra... Que no vuelven los que traga el fondo del mar... ¿Habria el almirante Boca-Negra engañado al rey don Pedro?... Creia que aquel no era el galeote... era una vision... fantasma abortado por los terrores de su inquieta conciencia. Pero los fantasmas no andan... se deslizan, se evaporan, y él habia oido resonar sobre las losas de la plaza el ruido de los pasos de Alvaro. Quería volverse al palacio temeroso de volver á hallar el fantasma... y temia tambien que su delirio no le descubriese... si venia á buscarle allí la fatídica vision. Oyó pasos en una calle inmediata y se estremecieron todos sus miembros. Vió aparecer un hombre, y le faltaron las fuerzas, creyendo que era el que pocos momentos antes habia visto. Reconoció al fin en él á Fortuño, y cual el naufrago que en su agonía se ase rápido á una tabla, así se precipitó al encuentro de Fortuño agarrándose convulsivamente á su brazo.

—¿Qué tienes? le dijo éste al ver el convulso estremecimiento de sus miembros. Iba á buscarte á palacio.

—¿Fortuño!... ¿Qué te he prometido yo por tu parte, y qué me has pedido tú? le dijo Olmedo con balbuciente voz.

—¿Por mi parte en aquella buena presa?

—Sí.

—Ducados mientras los haya..., y me has dicho que los habria siempre.

—¿Y si lo hubiese yo perdido todo mañana?

—¿Y cómo?

—¿Fortuño! De todos los galeotes asesinados ha quedado uno que está ahora en Leon, y que no tiene mas que decir una palabra para probar que he mentido.

—Lo sé muy bien... yo le he visto.

—Tú tambien... tú, ¿lo has visto bien? replicó aterrado Olmedo.

—Como te estoy viendo á tí... Porque me ha hablado aqui... en este mismo sitio.

—¿Te ha hablado?... ¿Qué te ha dicho?

—En pocas palabras y en plata... que quiere vengarse de tí, hacerte cortar la cabeza y enriquecerme.

—¿Y tú te habrás negado?

—Yo no sé vender á un hermano... Tengo probidad en mi oficio, y he comprendido rápidamente lo que tú debes comprender...

—¿El que?

—Que es preciso absolutamente que ese hombre haya dejado de existir antes de mañana... Y ya le he tendido un lazo...

—¿Cuál?

—Le he dado cita esta noche en la casa aislada en que me alojo, á lo último del arrabal, y venia para decirte que insensatamente va á entregarse él mismo en nuestras manos, y que es preciso que nos demos prisa para llegar antes que él... Vente.

—¿Pero y si echan de menos mi presencia en palacio?

—Mas tarde te disculparás.

—Yo creo que vale mas que yo me vuelva á palacio... Sí, para... distraer... Para que no se fijen en mí.

—No... debemos partirlo todo como hermanos... y yo no quiero cargar con el trabajo, mientras tú estás en el palacio descansado... Ademas, mientras que el uno obra debe velar el otro por la seguridad comun... Vente... yo daré el golpe... Tú velarás... Despachémonos.

—Pero mañana encontrarán su cadáver...

—Pero no buscarán á su asesino... ¿No estaba proscrito? Su muerte no puede inquietarnos... Pero sus revelaciones nos perderian... Vacilas aun... ¿Quieres que ese hombre mañana pueda ver al rey?

—No.

—Pues entonces ¿qué es? ¡Miedo! Tú eres valiente con los brazos de otros... Vamos, no nos paremos en tan buen camino.

—Vamos, dijo animándose Olmedo, y si tú quieres yo daré el golpe...

—No, tengo mas confianza en mí mismo.

Y agarrados los dos del brazo y hablando con agitacion, aunque misteriosamente y en voz baja, salieron de la plaza.

Pocos instantes despues Alvaro, el tio Pedro y Maria entraban en la misma plaza por una calle situada á la derecha. El anciano padre, aunque andando con trabajo daba el brazo á su hija, en tanto que Alvaro se adelantaba á la puerta del palacio. Profunda tristeza revelaba el rostro de la linda jóven, á quien con afables palabras trataba de dar ánimo y valor el anciano.

—Bien lo sabeis, padre mio... yo amaba á Martin el trabajador.

—Pobre hija... exclamó con emocion el tio Pedro.

Al llegar Alvaro á la puerta de palacio le preguntó qué queria uno de los que guardaban la puerta, pero á pocos momentos se presentó en ella el rey don Enrique, y viéndolo al tio Pedro y á Maria bajó rápidamente la escalinata del pórtico para salir á su encuentro.

—¿Señor! exclamaron á un tiempo respetuosamente el padre y la hija.

—¡Oh! llamadme como en otro tiempo... ¿no es así, Maria? Y al mismo tiempo la cogia las manos que tenia heladas como un mármol. ¡Oh! entrad, entrad, les dijo.

—¿Nosotros tan miserables, entrar en palacio? dijo el anciano.

—Cuando yo era miserable tú me has abierto tu puerta, Pedro... Ahora me toca á mí abriros la mia.



—Ven, hija, ven... Hace quince años como capitán de guardias entré en el palacio del rey... el anciano soldado que jamás faltó al honor debía volver á él un día.

Entraron en el palacio conducidos por la mano misma del rey. Alvaro iba detrás de ellos derramando en su felicidad lágrimas, cuyo valor no conocen ni comprenden los que nunca han padecido.

## XVII.

Había amanecido el día en que Enrique de Trastámara debía hacer su entrada pública en la magnífica catedral de Leon, para ir á dar gracias al Señor por sus victorias y por los inmensos recursos que proporcionaba á su causa el reciente descubrimiento hecho en las montañas de Asturias. Para honrar al descubridor había resuelto don Enrique que éste cabalgase á su derecha en un soberbio palafren, y en medio de la comitiva de los ricos-hombres de Castilla. Debía salir la comitiva del palacio y era un día de fiesta para todos los habitantes de Leon, que no hablaban mas que de oro y de las inmensas riquezas que iban á engrandecer aquellos pueblos. Aproximábase ya la hora de este paseo triunfal, y en el pórtico del palacio veíase ya un soberbio alazán cordobés ricamente enjaezado, que con impaciencia con sus ligeras manos golpeaba el suelo. Era el caballo que debía montar don Alonso Fernandez de Olmedo.

Poco antes de amanecer don Gutierre Fernandez de Toledo y su hijo Alvaro habían salido por orden del rey para acudir á la cita que le había dado Samuel Levi, que para vengarse de Olmedo debía darle aquellas pruebas irrecusables, por medio de las cuales podría el rey y el pueblo, que le miraba con entusiasmo, pasar á la convicción de que era un astuto criminal digno de un terrible castigo. Don Gutierre había querido acompañar á Alvaro. El amor paternal le hacía ser la sombra de su hijo. María había quedado al lado del rey, de su antiguo amante, pero una cruel inquietud agitaba su corazón, temerosa del peligro que pudieran correr su padre y hermano.

—No corren ningún peligro... la decía con el mayor amor el rey. Pronto volverán para no separarse mas de nosotros, porque un vínculo solemne debe, según espero, unirnos mas fuertemente aun.

—¿Un vínculo solemne? preguntó tímidamente María, atreviéndose apenas á levantar los ojos del suelo.

—Si, María... y este vínculo comprenderás fácilmente cómo debe formarse... Si, Enrique te llama hoy, como en otro tiempo te llamaba Martín... su querida María.

—Pero hoy sois rey... dijo María centelleando sus ojos de amor y de placer.

—Y mañana será María la hija del conde Gutierre... y la hermana del adelantado de Asturias...

—¿Estais soñando, señor?... replicó modestamente María.

—No, es la realidad.

—Vos lo sabeis, señor, los matrimonios de los reyes hacen las alianzas de los reinos... Pero yo doy gracias al cielo que os ha concedido un destino tan glorioso, y á mí el poder ver á la vez á mi padre en medio de sus compañeros de armas, á mi hermano triunfante de la intriga, recompensado... y á Enrique coronado... ¡Oh! quiero vivir feliz con todas vuestras alegrías, y retirarme á un convento tranqui-

lo y silencioso, donde poder rogar á Dios por vosotros tres juntos.

—¡A un convento!... exclamó sorprendido el rey.

—Si, pero no pronunciaré en él mis votos.

—¡Oh! jamás, no es verdad, ¿María?

—Jamás...

—¿Y por qué quieres conservar tu libertad?

—Porque la que no puede ser la compañera de un rey, quiere poder mas tarde serlo de Enrique, si un día perdiese su trono y su poder, amenazado hoy por don Pedro, auxiliado de la Francia.

—Y si al contrario, yo llegase por mi sola fuerza á afirmar mi trono en Castilla y vencer á don Pedro y sus aventureros franceses... si despues de algunos años consolido mi poder en Castilla y en Leon, y si pudiendo entonces imponerles mi esposa... me dirigiese á tí ¿qué dirías tú, María?

—Yo, Martín, dijo arrojándose llorando en sus brazos, te amaría toda mi vida...

—Gracias, María, dijo el rey cogiéndola en sus brazos, gracias, esposa mia.

Oyóse al mismo tiempo el ruido de los clarines y atabales que anunciaban la llegada de la comitiva que venia á buscar al rey para acompañarlo á la catedral. Asomóse el rey y María á la ventana. Acercábase la hora del triunfo y Alvaro no volvía aun. Llegaba Olmedo adornado ya para la ceremonia, y Alvaro, Alvaro no parecía! Crecia la inquietud del rey y de María.

En tanto ibase reuniendo en el patio y en el pórtico de palacio la nobleza y ricos hombres de Leon. Olmedo, llegando á un oficial que le hablaba de un cadáver hallado aquella mañana le preguntó:

—¿Tú has visto al hombre asesinado?

—No.

—¿No se dice su nombre?

—No.

—Yo voy á decírtelo.

—¿Lo sabeis?

—Si, y te apresurarás á decírselo á todos, es Alvaro Fernandez de Toledo, un proscrito fuera de la ley. Apresúrate á esparcir la noticia.

—Es fácil.

—Haz lo que te he mandado.

Saludó respetuosamente el oficial al favorito. Había previsto éste que aquella muerte se descubriría inmediatamente. Importábase poco, porque los muertos no hablan, y creía muerto á Alvaro. Llegóse en esto á él Fortuño, á quien le dijo:

—Fortuño, ¿ya estás aquí? ¿Sabes que yo mismo he hecho publicar el nombre de nuestro enemigo muerto?

—¿Tú?...

—Si, he pensado que era preciso que se conociese pronto el nombre del proscrito, para que se olvide tal vez mas pronto. ¿Pero tienes miedo?

—No, parece que hay poco peligro... Tú no tiembles.

—Si, todos mis terrores se han desvanecido ahora y podemos hacer proyectos...

—Yo ya los he hecho.

—¿Cuáles?

—Me largo de los reinos de Castilla y de Leon.

—¿Y dónde quieres irte?...

—Muy largo de aquí... Yo no tengo ambición. Tú puedes



pasarte perfectamente sin mí... Debíamos partir ganancias y te abandono las mías.

—¿Pero estás loco?... El trabajo era pesado... se ha concluido y quieres ahora perder tu parte de provecho... Aguarda al menos á que esté bien guarnecida de oro tu escarcela.

—De oro la tendré llena sin eso.

—¿Y cómo?

—Sé dónde él había enterrado sus tesoros...

—¿Quién?

—¡Toma! el que he matado esta noche; y sus tesoros me bastarán... Todo el resto es para tí.

—¡Tesoros!... ¿Con que los había encontrado en las galeras?

—No, pero había tenido cuidado de ocultarlos antes de su deportación...

—Te vuelves loco.

—¿Por qué?

—¡Cómo! ¿Tesoros ocultos por ese montañés que se moría de hambre y de miseria?

—¿Qué montañés?

—¿Con que has perdido la memoria?

—¡No, pardiez! La tengo muy buena y no te comprendo; porque como yo, tú has visto bien al ministro.

—¿Qué ministro?

—¿Tú lo preguntas?... ¡Es bueno eso! á quien me has señalado tú esta noche.

En aquel momento entró Alvaro en el patio del palacio que se hallaba lleno de gentes, pero no le vieron los dos cómplices, que continuaron en su animada conversacion.

—Me haces estremecer, Fortuño, dijo Olmedo. ¿A quién has herido tú, pues, con tu puñal?

Adelantándose entonces Alvaro de un grupo que se hallaba inmediato, dijo en alta y terrible voz:

—¡A Samuel Levi!

Retrocedió lleno de espanto Olmedo cual si tuviese delante la espada fulminante del ángel de la justicia. Alvaro continuó:

—Y esa última muerte, Olmedo, ha consumado tu perdición... Samuel Levi volvía para acusarte de haber dado de puñaladas á doña Leonor de Guzman en Talavera de la Reina. Llevaba sobre él todas las pruebas: le habeis muerto en la calle, al ir á la cita que le habíais dado; han sido halladas estas pruebas sobre su cadáver, y á esta hora están en manos del rey y tú estás perdido.

—¡Perdido! dijo Olmedo mirando en derredor de sí.

Conoció su intencion Alvaro, y mirándole fijamente le dijo:

—Todas las puertas están guardadas; es imposible la fuga.

—Imposible... exclamó aterrado Olmedo. Entonces lo será para los dos.

Y echando mano á su puñal trató de herir á Alvaro, pero su padre se interpuso rápidamente con la espada en la mano entre él y el asesino.

—¡Don Gutierre! exclamó Olmedo al verlo, dejando caer de la mano el puñal y quedando petrificado.

Parecía que el ángel del Señor con el sonido de la trompeta había hecho salir de su sepulcro á los muertos para confundirlo, para anonadarlo.

—Si, dijo don Gutierre á su hijo, solo me he armado para tu defensa. Tú eres el pensamiento, el genio, yo soy el brazo que protege; si ese hombre da un paso adelante hácia tí, lo dejo muerto. Yo no cruzaré mi espada con el puñal de un asesino. Tendré un duelo con él, pero delante

de jueces... Los dos estamos acusados de un mismo crimen, yo hace quince años, él hace dos horas... Y este duelo no se hará aguardar largo tiempo.

Bajó al mismo tiempo el rey, porque ya había sonado la hora para ir á la catedral, y viendo la comitiva reunida en el pórtico, y enterado de lo recientemente acaecido:

—Venid, castellanos, exclamó con noble magestad, esta es la hora de la justicia. Venid todos... Capitan de mis ballesteros, haced que aproximen ese alazán ricamente enjaezado, en el que cabalará Alvaro Fernandez de Toledo, á quien yo reconozco por autor del libro que revela la mina de oro, y no Olmedo, convicto de haber robado esta obra al genio... si, convicto y acusado además de haber asesinado á doña Leonor de Guzman, mi madre, y hasta la hora del juicio, capitan de mis ballesteros, con vuestra cabeza me respondereis de su persona. Y vosotros, ricos-hombres de Castilla, abrid paso á don Alvaro Fernandez de Toledo, el explorador de las montañas de Asturias, y á quien su rey y su amigo nombra hoy adelantado mayor de aquel reino.

—No me abandoneis... No os separeis de mí, dijo Alvaro á su padre y á su hermana, al montar á caballo para acompañar al rey.

El capitan de los ballesteros puso la mano sobre el hombro de Olmedo, y apoderándose de él sus soldados lo condujeron á una prision, interin llegaba el día de que espíase en la horca sus delitos.

Fortuño no tuvo mas que acelerar sus proyectos de alejarse de Castilla. Había trabajado sin saberlo él en el triunfo de Alvaro.

El pueblo de Leon aclamaba la comitiva triunfal, que desde el palacio fué á la catedral. Una matrona en representacion de Asturias tenía una corona de encina en sus manos, y se hallaba colocada sobre un tablado. Alvaro era el objeto de las miradas de todos. Los ojos de Alvaro, sin embargo, no buscaban sino á su padre y á su hermana. El tío Pedro y María, llorando vinieron á arrodillarse delante de él en la catedral.

El antiguo capitan de don Pedro, el modesto leñador de Asturias, mostraba con noble orgullo á su hijo, que era el objeto de las atenciones de todos.

—Mirale, decia con una suprema felicidad. ¡Oh Dios mio! Tú has querido que nuestras alegrías sobrepujen á nuestros padecimientos. ¡Bendito sea tu nombre!

#### XVIII.

Pasaba todo esto que hemos referido en el año 1367. Don Pedro desde Bayona, donde se hallaba fugitivo, atravesó los Pirineos seguido de la flor de los caballeros ingleses, convino en que Juan, duque de Lancastre, se casaría con Constanza, su hija, y que á su muerte subiría al trono de Castilla el duque por derecho de su mujer. Prepáranse al combate los dos partidos. Enrique presenta un valiente y numeroso ejército; empero en la batalla de Nájera, en donde por ambas partes se hicieron prodigios de valor, quedó vencido por Eduardo el Principe Negro, y tuvo que retirarse á Aviñon, y en pocos dias se vuelve á colocar en el trono don Pedro, á quien nada había enseñado la adversidad, y que se entrega de nuevo á sus sanguinarios instintos. Entre otras víctimas hizo morir al almirante Boca-Negra. A su crueldad unió su ingratitud; la falta de cumplimiento á sus promesas al principe Eduardo, que con-



cluyó por abandonar su causa. Enrique de Trastámara, refugiado en Avignon, viendo á los castellanos dispuestos á sacudir de nuevo el férreo yugo de don Pedro, se decide á hacer una nueva tentativa. Con el apoyo de Bertran Duguesclin vuelve á España á la cabeza de un ejército. A la primera noticia de su llegada corren á su encuentro los habitantes de Burgos. Las fortalezas y ciudades del Norte se declaran por Trastámara.

Enrique pone sitio á Toledo, que habia permanecido fiel á don Pedro. Apresuróse éste á reunir sus fuerzas, pero los pueblos le detestaban. No pudo reunir un ejército tan fuerte y poderoso como el de su rival. Batido por don Enrique, don Pedro se refugia en el castillo de Montiel. Allí es perseguido por sus enemigos, que levantan una muralla para privarle toda esperanza de fuga. La posicion de don Pedro era de día en día mas critica. Dejóse al fin coger en el lazo que le habian tendido, y cediendo á pérfidos consejos fué secretamente al campo de Duguesclin y á la misma

tienda de don Enrique. Duguesclin le habia engañado. En lugar de ayudar su fuga le entregó en las manos de su rival. Lucharon los dos hermanos cuerpo á cuerpo en un encarnizado combate, en el que llevando el rey don Pedro la ventaja y habiendo caido debajo don Enrique, uno de sus partidarios acudió en socorro de éste, que concluyó por matar al rey don Pedro. Entonces fué cuando se pronunciaron estas célebres palabras que han dado margen al célebre dicho: *No quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor.*

Don Enrique volvió á subir segunda vez al trono de Castilla, y fué tan pródigo y generoso en recompensar á sus partidarios, que la historia le ha conservado el nombre de don Enrique el de las Mercedes. La historia da un bello nombre al usurpador que triunfa, y marca con el dictado de Cruel al monarca legítimo que sucumbe. ¡Triste destino el de la humanidad, el de no reconocer siempre y respetar mas que los que ensalza la fuerza y violencia!

EL CONDE DE FABRAQUER.

## ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

### CAFES CANTANTES EN LOS CAMPOS ELISEOS

Hemos hablado varias veces á nuestros lectores de los Campos Eliseos, ese magnifico paseo que comenzando en la plaza de la Concordia, una de las plazas mas bellas del mundo, viene á terminar en el gigantesco arco de triunfo de la Estrella. A la izquierda de este paseo está el palacio de la industria y de las artes, donde se ha verificado este año la esposicion. En frente casi está el gran jardin de la esposicion de horticultura. Al atravesar los Campos Eliseos se eree uno trasportado á las Mil y una noches. No hay hipérbole bastante para describirlo. Es una cosa verdaderamente hermosa, grande, alegre, brillante y amable, rica y elegante, popular y aristocrática. Yo no sé que haya un sitio donde se hallen reunidas todas estas cosas mas que este. Cada uno obra allí en conciencia y por su cuenta. Los unos van para ser vistos, los otros para ver. Allí se pasea en coche, á caballo, y allí se está sentado, allí se juega, y sobre todo se rie. Hay hasta sitios donde se puede meditar en el ruido lejano del Océano parisiense. Es el pais grave de los jóvenes buenos mozos y de las coquetas: el imperio de los vendedores de caballos y de los saltimbanquis. Para todos el verdadero Campo Eliseo, no el que entrevemos entre las nubes de la antigüedad, y en el que pálidos héroes pasean las sombras melancólicas de su pasada grandeza bajo los sombríos bosques, sino los Campos Eliseos positivos, donde se bebe al aire libre, un Eldorado, donde se ven caballos de madera y caballos vivos á eleccion: cosas prosaicas y poéticas á la vez, teatrillos elegantes y bufones, titiriteros, perros sabios, juegos de todas clases: una ensalada, en fin, de talento y de tonterías. Tales son, á vista de pájaro, los Campos Eliseos.

Este paseo es el forum de todos los payasos de Francia: allí se ve la giganta, el cocodrilo vivo, la sirena ó la muger pescada, sin contar toda clase de animales de dos cabezas, de tres ó de cinco patas, físicos, magnetizadores, héroes y acrobatas. La muger gorda que pesa trescientas libras y

no tiene mas que diez y siete años, y su compañero el hombre esqueleto, que solo gasta al día algunas onzas de pan; lo que prueba que la profesion de este desgraciado es morir de hambre para vivir.

Los Campos Eliseos ofrecen de particular: que á dos pasos de la elegante y encantadora calzada, sobre la que desfila de tres á cinco de la tarde París elegante, sus coches con armas y blasones, los carruages diplomáticos y esas ligeras carretelas suspendidas por el placer y la galantería, lucen todo el lujo de su miseria los pobres, rodeando á los histriones de la multitud, confundiendo así las alegrías populares con los placeres de la sociedad elegante. Si después de haber paseado y recorrido los Campos Eliseos tan llenos de incidentes, se siente uno con apetito y tiene una necesidad de comer, encuentra elegantes pabellones donde saboreando las maravillas de la cocina parisiense, vé pasar los carruages, ve la multitud bajo los árboles y correr las aguas de las fuentes.

Pero apenas comienzan á iluminar el cielo las constelaciones nocturnas, cuando por todas partes los Campos Eliseos brillan con millares de luces de gas. *Ave Maria*: ¡bendita sea esta hora encantadora! decía lord Byron, ¡es el viento el que se estremece y vibran las hojas! no, son los primeros rumores de las orquestas que templán sus instrumentos debajo de los árboles. La noche baja sobre la tierra. En las calles mas sombrías pasan susurrando parejas acopladas, familias enteras. Dulces coloquios de la noche, pasos armoniosos de los últimos paseos, roce de los vestidos cuya seda barre la tierra: vosotras, amables y fugitivas impresiones, sois vosotras lo que se busca desde tan lejos y con tantos inútiles trabajos: la felicidad.

Ahora elegid el espectáculo que querais, y si preferis permanecer al fresco, al aire libre, id á sentaros en uno de esos bonitos cafés que pueblan los Campos Eliseos. Saboreando una taza de café, un vaso de sorbete ó una botella de cerveza, disfrutareis de los placeres del teatro. Delante de vuestros ojos se levantan pabellones dispuestos á maneara de escena. El lujo y la elegancia han presidido á su cons-